

PAPELES DE SON ARMADANS EN LA OBRA DE CAMILO JOSE CELA

DARIO VILLANUEVA

Universidad de Santiago de Compostela

Uno de los fenómenos más paradójicos que el proceso de la transición del franquismo a la democracia trajo consigo en lo que a la cultura española se refiere fue la desaparición, recién instaurada aquélla, de las revistas de pensamiento que más habían luchado a su favor. Los casos de *Cuadernos para el Diálogo* y *Triunfo* son harto significativos a este respecto, pero también lo es el de *Papeles de Son Armadans*, la revista mensual que Camilo José Cela venía editando y dirigiendo en Palma de Mallorca desde abril de 1956.

El propio Camilo José Cela, en sus serenas "Breves palabras de despedida" del último número, aparecido en marzo de 1979, dejaba a la iniciativa de algún paciente investigador el inventario y balance de la que durante poco menos de un cuarto de siglo había sido su meritoria empresa. El primero de esos objetivos ya ha sido realizado por un equipo vinculado a las Universidades de Navarra y de las Islas Baleares, bajo la dirección de los profesores Angel Raimundo Fernández y Ana Roig¹. En cuanto al balance, ya

¹ Angel Raimundo Fernández (compilador), *Indices de la revista "Papeles de Son Armadans"*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra, 1986, 278 pp. Del mismo

contamos asimismo con un trabajo de Joan Ramón Resina publicado en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* en 1987¹, pero no dejaré pasar la oportunidad que *Hispanística XX* me ofrece en su número monográfico dedicado a Camilo José Cela para hacer mi valoración.

A lo largo de todo 1990 los investigadores interesados en la obra de Cela hemos tenido la oportunidad de expresar en múltiples ocasiones nuestros hallazgos e ideas acerca de la creación y personalidad de quien era flamante quinto premio Nobel de la literatura española y primero de nuestros novelistas en obtenerlo. Y en una de esas oportunidades me pareció conveniente aludir a las sofisticadas *lecturas* –si es admisible el empleo de esta palabra en tal contexto– que la concesión de este galardón provoca universalmente, más allá de las consideraciones puramente valorativas del arte de cada escritor que lo alcanza.

Así, cuando en 1977 fue Vicente Aleixandre el premiado se apreció que en él se reconocía la ingente aportación lírica de los poetas del 27, pero también, tras veintiún años (Juan Ramón Jiménez en el exilio) en que el Nobel nos había sido esquivo, el reintegro de la España postfranquista al concierto democrático de las naciones.

Se me figura, por el contrario, que con Camilo José Cela, representativo de los escritores del 36, la Academia sueca ha reconocido el arte insólito de un novelista que desde su *verdad de ibero* habla de un país peregrino que cada vez deja más de serlo –y acaso no podría suceder de otra forma : la *España de más rabiar*, por decirlo de nuevo con las palabras esenciales que Gabriel Celaya dedicó hace años a su buen amigo el autor de *La familia de Pascual Duarte*.

Y en cierto modo también se premiaba "el arquetipo del escritor químicamente puro, del hombre que amaba, en este duro oficio, desde la palabra que se dice hasta el tipo y cuerpo de letra con que se dice a los demás", definición que Cela hizo en las páginas de *Papeles de Son Armadans*

autor véase también "*Los papeles de Son Armadans*", *Insula*, n.518-519, febrero-marzo de 1990, pp. 21-22, y de Antonio Fernández Molina, "Nota sobre Camilo José Cela y los *Papeles de Son Armadans*", p.23 de la misma revista.

¹ "*Papeles de Son Armadans*", revista literaria de Postguerra", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, v.12, n.1, otoño 1987, p.71-91.

de su amigo Max Aub, muerto en el exilio de Méjico en 1972, y que siempre me ha parecido igualmente válida para el autor de Iria Flavia.

Ser escritor hasta sus últimas consecuencias implica para Cela un completo haz de responsabilidades: desde el denodado esfuerzo por dominar el idioma hasta la hábil administración de una presencia social. Pero lo verdaderamente admirable de nuestro autor es que haya ido dejando testimonio de sus meditaciones sobre todos y cada uno de los aspectos que confluyen sobre su vocación y su ejercicio profesional. Espigando, así, entre los escritos de Cela, sobre todo entre los por él publicados con firma o sin ella en *Papeles de Son Armadans*, se podrían articular varios libros sobre temas tales "el papel del escritor en España", "la función social del escritor", "el escritor y la crítica", "el escritor y el poder", o, por caso, "la responsabilidad del escritor".

Con toda certeza, no sería el menos interesante de esos libros facticios que nos sacamos de la manga a costa de las páginas que Cela ha ido dejando escritas, sobre todo en su revista, el que llevase por título algo así como *Escila y Caribdis de la carrera literaria en España*, pues nuestro escritor no sólo reconoce la existencia de peligros exteriores al propio literato, sociales o institucionales, que tienden a frustrar su proyecto, sino también de otros que pueden nacer de él mismo. Por ejemplo, el anquilosamiento artístico, la cómoda repetición de lo ya experimentado en obras propias anteriores o por los demás, contra la que Cela ha luchado a lo largo de su trayectoria literaria hasta hoy, fiel a su convencimiento de que "la literatura no es más que una mantenida pelea contra la literatura".

Pero antes de que sea necesario sortear este escollo de la maestría manierista, el escritor ha debido, en su etapa formativa, encararse con otros. Este es el mensaje principal, de nuevo hondamente afirmado en la experiencia de Camilo José Cela, que encierra uno de sus artículos, fechado en 1956, de entre los más importantes que aparecieron, a guisa de editoriales, en *Papeles de Son Armadans*. Se trata del titulado "Sobre la soledad del escritor", en el que Cela establece los hitos fundamentales para el desarrollo y feliz logro de una carrera literaria. Según sus palabras, el escritor germina en la adolescencia, necesita para su consagración iniciática de la gran ciudad, pero se nutre de materia prima allí donde la vida campa, desnuda, por sus respetos: el pueblo. Luego perfecciona y contrasta sus valores allende sus fronteras, y por último sólo alcanza su sazón si atina a romper con el medio natural de la

fama que ha obtenido y, escritor provinciano, encuentra en la soledad la paz de espíritu y el ámbito de trabajo que le permita continuar fiel a su destino pues

La vocación es fruto que sólo grana en la soledad, en la alegre soledad, compañía de los tristes, de que nos habló el solitario -y tumultuoso- Miguel de Cervantes. Y el escritor, a fuerza de serlo y de sentirse escritor; a trancas y barrancas, si es preciso, de estrujar su propia conciencia de escritor -lo único que los no escritores le han dejado- ha de volver, al borde de la madurez, a aquella santa soledad que la adolescencia le permitía mantener intacta en medio del farrago /.../ La superioridad del escritor -dogma social que proclamamos- ha de refugiarse, para ser mantenida, en la soledad: en el pueblo, en la montaña, en el mar..., con todos sus defectos¹.

Aquellos cuatro o cinco momentos que Cela señala en el camino del escritor -el germinativo, el éxito capitalino, el regreso a las raíces y el descubrimiento de nuevos horizontes; finalmente, el laborioso retiro- tienen en su caso particular, que es del que se trata, una clara correspondencia espacial: respectivamente, Galicia, Madrid, la Alcarria, Cebreros y la por él mismo llamada "España árida", e Hispanoamérica sobre todo. No en vano estamos ante un escritor singularmente encarnado en un solar preciso donde encuentra no sólo una lengua para su proyecto, sino también los personajes, los temas, la estética y la ideología que lo llegarían a configurar.

En el mes de febrero de 1951 sale de las prensas en Buenos Aires la primera edición de *La colmena*, la novela de un Madrid absurdo y hambriento, pero no brillante como escribió Valle-Inclán, sino sumido en la penuria material y espiritual de la que emerge, sin embargo, como una tímida luz de esperanza, la solidaridad que centra el "Final" de aquella obra, por lo demás henchida de pesimismo sombrío². Es la capital de una España que hacia 1943 había concluido la guerra de las armas, pero no la del rencor triunfante, que es el que no puede aceptar la imagen, doblemente testimonial por su fuerza

¹ Inicialmente este artículo apareció en el tomo 3, 1956, p.259 y ss., de *Papeles de Son Armadans*, y posteriormente Cela lo incluyó en su volumen de ensayos *Cuatro figuras del 98. Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, y otros retratos y ensayos españoles*. Barcelona: Editorial Aedos, 1961, pp.384 a 387.

² Véase, para esta interpretación, el estudio introductorio de mi edición de *La colmena*, primera académica publicada en España (Barcelona-Madrid: Noguer, 1983).

artística, que Cela ofrece del país asustado "por el peso de la paz que se le había venido encima", según la certera expresión de Alonso Zamora Vicente¹.

El desasosiego con que la España oficial había aceptado a regañadientes al primer Cela, partícipe entonces de la victoria, se transforma ahora en clara hostilidad, patente, entre otros signos, en su expulsión de la Asociación de la prensa madrileña, lo que le priva de los ingresos regulares procedentes de las colaboraciones periodísticas. Y no creo que resulte arbitrario relacionar este acoso del que el escritor es víctima en y desde Madrid con su progresivo desapego hacia la ciudad a la que estaba ligado desde 1925, fecha en que la familia Cela Trulock se trasladó definitivamente de Galicia a la capital de España. Si en los años inmediatamente anteriores a 1951 Camilo José Cela había empezado a beber en los pueblos de la Alcarria y Avila "el licor literario de la vida" –cito de nuevo su editorial de *Papeles de Son Armadans* ya comentado–, ahora da el siguiente paso según el plan dibujado en ese ensayo: el escritor "pule su espíritu –y hasta su estilo– en el roce de las latitudes distantes".

A finales de 1952 Cela emprende su primer periplo hispanoamericano –Chile y Argentina, adonde pensó, incluso, trasladarse definitivamente–, reanudado al año siguiente por Colombia, Ecuador y Caracas. En Venezuela adquiere, como Valle lo hiciera en Méjico, un asombroso caudal idiomático y la inspiración poética con que escribirá *La catira*, una novela que capta con gran lirismo la fuerza telúrica del solar venezolano pero fue mal entendida precisamente por lo que tiene de más esforzado: el abrazo de un autor peninsular con el castellano reinventado a la otra orilla del Atlántico, esa lengua de vastas fronteras que, desde el modo lépero al modo gaucho, *Tirano Banderas* había logrado ya integrar en una *koiné* estilizada por la literatura. En 1954 hay una nueva visita a la Inglaterra de sus antepasados maternos para disertar en las más importantes Universidades británicas. Y en 1955, otra vez Hispanoamérica.

El escritor sigue con puntualidad un itinerario que lo apartará del Madrid de su revelación, progreso y triunfo como tal. Porque, de acuerdo con lo indicado en su editorial de *Papeles de Son Armadans*, "si quiere trabajar y permanecer" habrá de hacerlo "en la soledad, en la gozosa y a veces dura

¹ Varios Autores, *Novela española actual*, Madrid: Fundación Juan March-Ediciones Cátedra, 1977, p.240.

soledad de la provincia", para que la ciudad que "lo aupó, como a un torero en tarde de clamor popular", no lo devore con las servidumbres de la tertulia, la política, la vida social, la emulación y la envidia cercana.

La soledad fructífera de la que se trata la encuentra el escritor en la isla de Mallorca, adonde se traslada en 1954. Allí escribe ya *La catira*, esa novela en la que el poeta deja asomar al filólogo y al futuro académico. Porque en el cierre de la etapa madrileña el ingreso en la Real Academia de la Lengua tiene gran trascendencia. Saludando, veinte años más tarde, la entrada en la docta casa de su viejo amigo, paisano y colega, el novelista Gonzalo Torrente Ballester, Camilo José Cela afirmó: "El llegar a la Academia no es una meta, pero sí es, sin duda, el colofón que marca la etapa que se deja a popa".

Existen unas páginas, leídas en 1977 en el transcurso del acto de entrega del premio instituido por la Ciudad de Palma de Mallorca que llevaba el nombre del escritor, en las que Cela pondera cuánto aquella tierra ha significado para él: "Mallorca me proporcionó, por encima de todo, el doble y enorme beneficio de la soledad y la paz", decía, "ese sobrado punto de equilibrio que, al menos en el caso de quien les habla a ustedes, es condición previa para poder llenar más de dos páginas con cierta coherencia y un grado de sufrimiento, al menos, aceptable".

En este pródigo remanso, en donde el escritor contó desde 1964 y hasta 1989 con una casa a su medida –que ha descrito con detalle en un artículo para una revista de arquitectura–, la casa de La Bonanova, junto al castillo de Bellver, noble teatro del cautiverio de Jovellanos, y frente al Mediterráneo en que se dibuja el contorno de la legendaria isla de Cabrera, nació en el mes de abril de 1956 la revista *Papeles de Son Armadans*.

En el editorial de presentación de estos *Papeles* el escritor, además de precisar filológicamente el nombre del barrio de Palma que da título a la publicación, pone énfasis en el nacimiento mallorquín de la revista que "no es, no quiere ser, una revista de combate, sino más bien todo lo contrario: una tímida y quizá orgullosa revista de literatura y pensamiento, términos tan manidos como poco eficaces".

Esa negativa a la combatividad, que será una constante de la revista durante toda su historia, no significa en modo alguno que *Papeles de Son Armadans* fuese una publicación conformista. Muy al contrario, la reiterada invocación que sus editoriales hacían a la independencia significaban de hecho

una actitud crítica hacia el régimen y su política cultural, siempre en la frontera más extrema de un posibilismo que Cela, jugando incluso con la mayor accesibilidad a los funcionarios de la censura que su ubicación provinciana le permitía –de lo que conserva jugosas anécdotas que sería muy útil para la historia de la España contemporánea pasasen pronto a un capítulo de sus memorias–, supo aprovechar al máximo. Por todo ello, y sin el más mínimo afán de polémica, me resulta de difícil comprensión el siguiente argumento de Joan Ramón Resina en su citado trabajo sobre *Papeles de Son Armadans* como revista literaria de postguerra:

...el espíritu de protesta que aflora por instantes en algunos editoriales, se ve achatado por esa voluntad de corrección y cortesía, que pertenece al diálogo democrático, y que en un país donde éste es impedido por el poder, no pasa de ser un extraño deseo inserto en un pacto tácito con el poder, insinuando que son posibles las libertades en un régimen político que las niega¹.

Desde el mismo momento fundacional, Cela no dejará de publicar reflexiones y comentarios cada vez que la revista cumpla una etapa. Así por ejemplo, en el número que cierra su primer año de vida repite el editorial que encabezó la segunda edición de la primera salida de *Papeles*, otro de los documentos, de evidente estirpe larriana en este caso, que con mayor trascendencia reflejan su conceptualización del papel del escritor en el seno de su propio país. Para Cela, "en España, el escritor es siempre –y en principio– un sospechoso, un presunto hereje, un disidente, un incómodo crítico, un hombre al que más le valiera aceptar las cosas como son", y es fácil apreciar el palpito de la experiencia vivida tras este memorable párrafo en el que la sociedad española debiera, con sonrojo, reconocerse a sí misma:

Al niño imaginativo que compone poesías, le riñen en el colegio y lo desprecian en su casa; al adolescente con una mínima personalidad que se niega a seguir el rumbo que, arrogándose unos derechos que no le pertenecen, le marca la familia, se le suele llamar perdido o mal hijo y se le cuelga

¹ Artículo citado en la nota 2, p.79.

el siniestro y culpador sambenito de ser el causante de todas las desgracias que acaecen en el hogar y de todos los sinsabores que culminan en la desaparición de los padres, muertos –ellos piensan que lógicamente– a disgustos; al joven que hace sus primeras armas en el oficio y que sueña, ¡con cuánta inútil nobleza!, con ver su nombre en letra de molde, se le conmina, con más odio que amor, a que siga la ruta de sus primos Mengano, Fulano y Zutano, hombres de provecho que han conseguido licenciarse en ciencias naturales, u obtener, con toda brillantez, según afirma el diario local, el título de aparejador, el despacho de teniente o la credencial de funcionario público; al hombre que escribe en los periódicos o que publica libros, se le controla por la sociedad. Y cuando aquel niño imaginativo y poeta, aquel adolescente rebelde, aquel joven iluminado, aquel hombre escritor llega a viejo y tiene un sólido y acreditado nombre guardándole las espaldas, se le tolera, al tiempo que soterradamente se le envidia y se le desea la muerte, pero ni se le lee, ni se le reconoce como guía y espejo en que mirarse.

Mas acaso sea la conmemoración del quincuagésimo número, en mayo de 1950, el texto mas interesante de esta serie, tanto desde el ángulo de una autobiografía conjunta del director y de la revista cuanto desde el de la definición de los objetivos que a ésta se le habían marcado. *Papeles de Son Armadans*, alumbrada "a la sombra, que respeta, del padrecito Jovellanos, nuestro ejemplar vecino", es "una revista mallorquina y liberal". Lo primero significa enraizamiento, pero además una voluntad provinciana nacida del convencimiento de que "el meridiano de España /.../ no pasa por Madrid o, mejor dicho, no pasa tan sólo por Madrid, sino por todas aquellas lindes, españolas o no y por remotas que fuesen, en las que un español respire y piense". Lo segundo, su "decente propósito liberal", afirmado de nuevo en su número CI de 1964 –con estas palabras: "Las letras son un buen excipiente de la libertad maltratada, de la libertad herida por el látigo, la espuela y el dogmatismo, y en ellas se guarece el último alevín de la liberal esperanza, el postrer vagido de la abnegada y patriótica –y también liberal– no conformidad"-, era aún en aquella España de los sesenta toda una decidida y arriesgada declaración de principios que *Papeles de Son Armadans* cumplió sin desmayo, aspirando a que se le reconociese una sola virtud que su fundador también había hecho suya: "la de su mesurada paciencia". El brindis final de

este cumpleaños es por el lector, los editores "y por Mallorca, ese rincón que descubrimos huyendo y en el que, día tras día, trabajamos al sol que, liberal, sale y alumbrá para todos".

Por lo demás, esta empresa se imbrica totalmente en la biografía del escritor en la fase unitaria que sigue a su éxodo de Madrid y llega en cierto modo hasta hoy, cuando la soledad provinciana tiene para él su norte en Guadalajara y Galicia. En *Papeles de Son Armadans* encuentran cabida todas las múltiples facetas de una personalidad definida exclusivamente por la vocación literaria. Allí Cela publica apuntes carpetovetónicos, poemas, traducciones, trabajos filológicos, artículos, editoriales, notas necrológicas, sueltos de actualidad, y en las impecables ediciones paralelas a la revista, al socaire de su nombre, varios de sus libros. Asimismo está su mano tras la materialidad del elegante diseño, la elección de las viñetas y grabados que la ilustran, la preciosa composición artesana, mantenida hasta 1971, en el obrador de Mossèn Alcover, y los sonoros títulos de sus secciones: "Los días sobre la tierra", "El taller de los razonamientos", "El lenguaje, ese pez volador", "El hondero", "Plazuela del Conde Lucanor", "El bando de los ángeles", "Tribunal del viento", "Yunque de tinta fresca", "La atalaya y el mapa"...

Se me figura que existe otra forma, más profunda todavía, de identificación entre la revista y su creador. Aparte de la calidad artística de su prosa y de cada uno de sus libros, Cela desempeña un papel trascendente en la historia de la literatura española por lo que representó como eslabón de enlace entre el antes y el después de aquel drama histórico –la guerra civil– que amenazaba seccionar nuestra continuidad cultural. De hecho, el autor de *La familia de Pascual Duarte*, que había velado sus primeras armas literarias a la sombra de los poetas del 27 y de sus amigos hispanoamericanos, de los filólogos del Centro de estudios históricos y de Ortega, enlazó en el yermo de los años cuarenta con todos ellos, y con Baroja, Solana, Noel, Ciro Bayo, con Valle-Inclán y con Goya, con los clásicos, en fin, de la lengua española. Esa lucha contra la discontinuidad es la divisa que mejor definiría estos *Papeles de Son Armadans* publicados en un ameno rincón de la aislada y recalcitrante España postbélica.

El balance de su tarea tardará en valorarse con justeza. Una primera y útil aportación ha sido la de Joan Ramón Resina. La mía propia, quisiera dejarla esbozada con breves pinceladas:

1) Conexión entre generaciones. Desde su primera salida hasta la última, *Papeles de Son Armadans* acoge, hombro con hombro, trabajos de escritores de la generación de Menéndez Pidal (que es la del 98); de Marañón (la llamada del 14); de Aleixandre (el 27); de Rosales, Aranguren, Ridruejo, Zamora Vicente y el propio Cela (generación del 36); Ferlosio, Juan Goytisolo, Barral, Jaime Gil de Biedma y José Angel Valente (la "del medio siglo"). Y alcanza a ofrecer sus páginas a los más jóvenes poetas, narradores y críticos nacidos después de la guerra civil y dados a conocer hacia finales de los sesenta o con posterioridad: desde Mariano Antolín Rato y Guillermo Carnero hasta Antonio Colinas, Pere Gimferrer y José Carlos Mainer.

2) Enlace con la "España peregrina". En *Papeles de Son Armadans* publicaron José Ferrater Mora en 1956; Juan Marichal, Américo Castro, Luis Cernuda y Vicente Gaos en 1957; en 1958, Emilio Prados, Jorge Guillén, Max Aub y Segundo Serrano Poncela; y en años inmediatamente sucesivos, Francisco Ayala, Sender, Corpus Barga, Arturo Serrano Plaja, María Zambrano, Bergamín y tantos exiliados más. En 1963 la revista dedica todo un número monográfico a Rafael Alberti.

3) Alianza con las otras lenguas de España, la "vivificación de las lenguas españolas ajenas al castellano" que Cela menciona al cumplir veinte años la revista. En *Papeles de Son Armadans* publican en catalán, entre otros, Espriu, J. Pla, J. V. Foix, Joan Brossa, Joan Teixidor, Pere Quart, J. Carner, Blai Bonet, Carles Riba..., y en gallego Manuel Casado Nieto, Celso Emilio Ferreiro, Manuel María, Uxío Novoneyra, Aquilino Iglesia Alvariño, María del Carmen Kruckenberg... De algunas de sus colaboraciones tanto catalanas como gallegas el mismo Cela hace la versión en castellano, y él publica, por su parte, tres poemas en la lengua de Galicia: "Romaxe da historia natural", "Canzón pra unha muller aldraxada polo tempo" y "A unha rapariga garatuxeira, chamada Catuxa de Fiz...". Lamento, pues, no poder compartir desde Compostela las afirmaciones de Joan Ramón Resina en el sentido de que la revista "no se interesó por la producción en la lengua vernácula", rotundamente selladas por esta conclusión:

Otra deficiencia que no puede silenciarse es la escasísima documentación del panorama literario en los otros idiomas nacionales, particularmente el catalán, pues difícilmente podría pasarse por alto que la revista estaba

afincada, con su director, en Palma de Mallorca, donde a finales de los cincuenta se publicaba muy poco en la lengua vernácula. Apenas dos revistas de algún interés: *Ponent* y *Lluch*¹.

Estoy dispuesto a admitir que si el interés que se echa en falta ha de medirse por índices absolutos de proporcionalidad aritmética (a partir de la realidad de una España comunidad de cuatro lenguas), el castellano sale cumplidamente ganancioso (y el euskera es el gran ausente), pero el propio dato relativo que Resina aporta sobre la escasez de órganos de difusión del catalán en Mallorca y la indudable política represiva que el Estado franquista seguía contra las otras lenguas españolas que no eran la oficial realzan el esfuerzo que *Papeles de Son Armadans* realizó en este terreno y, por así decirlo, in *partibus infidelium*.

4) Apertura cultural allende nuestras fronteras. *Papeles de Son Armadans* incluye desde sus primeras entregas cartas de información sobre arte, literatura y pensamiento procedentes de Holanda, Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia, Estados Unidos, Italia, Méjico, Portugal, Brasil, India, Argentina..., y en sus páginas aparecen escritos de Jean Genet –traducido por Cela en 1958–, Conrad Aiken, Alain Robbe-Grillet, Cesare Pavese –traducido por Juan Goytisolo–, Gottfried Benn, Jan Potocki y las más destacadas plumas hispanoamericanas: Miguel Angel Asturias, Octavio Paz, Arturo Uslar Pietri y, entre los más jóvenes, Cabrera Infante, Droguett, Sarduy, Vitier...

5) Amplitud interdisciplinar. Las diferentes secciones de la revista, tan bellamente tituladas, acogen poesía, relatos, breves piezas teatrales, cartas, la versión castellana por entregas de la novela *Mort de dama* de Lorenzo Vilallonga, ensayos, erudición, historia, filología, crítica literaria, filosofía; rescatan inéditos; y no olvidan el cine, la música y la pintura. Destaca en especial su aportación en este último campo del arte. *Papeles de Son Armadans*, aparte de sus números extraordinarios dedicados a Will Faber, Picasso, Miró, Tapies, Solana, Vedova y Llorens Artigas, lanzó en 1959 al grupo "El Paso" de Canogar, Feito, Millares, Viola, Saura, Chirino, etc., y

¹ Ibidem, pp.83 y 90. Pese a la enumeración de esta y otras deficiencias, la valoración final de Resina es positiva: "Con todo, *Papeles* realizó cumplidamente su labor de regeneración intelectual en los años en que empezaron a atisbarse nuevas posibilidades culturales para España", p.90.

Darío VILLANUEVA

publicó su manifiesto a favor de un arte comprometido con la realidad social y política del momento.

Basten estas apuntaciones para recordar lo que esta revista del Premio Nobel de 1989 fue para la cultura española en momentos difíciles. Añadamos tan sólo que en ella tuvieron acogida muchos de los que desde el llamado "exilio interior" no encontraban cauces de difusión para sus creaciones disidentes, que rindió homenaje a numerosos españoles ilustres, cualquiera que fuese su ideología, en el trance de su muerte, y que siempre abogó por la independencia y la libertad del escritor desde la soledad del que la inspiraba.